

CAPÍTULO II

PRESENCIA DEL CHINO EN EL LENGUAJE COTIDIANO

En estos apuntes vamos a mostrar cómo la presencia china está en el lenguaje cotidiano de los peruanos, preferentemente de los costeños. Se le encuentra en frases y en contadas palabras, también en ciertas costumbres. Observaciones o noticias que hemos tenido sobre los chinos han finalizado en múltiples locuciones que nos sirven para comparar o ejemplificar durante las conversaciones de todos los días. Lo que más vale la pena declarar, de todo ello, son las razones o circunstancias históricas que las explican.

Seguramente la relación de frases que presentamos es incompleta, debido al desconocimiento de otras que subsisten o porque con el tiempo algunas han desaparecido. Por ello, este trabajo debe considerarse sólo como un avance sobre el tema.

Hay además otras formas expresivas no cotidianas que no las hemos considerado y que no son pocas, formas tales como canciones, poemas, en la narrativa, en obras teatrales, en artículos periodísticos.

En relación al tema que en este escrito tratamos, no nos parece que la presencia china sea un caso excepcional. Tras cada grupo poblacional no nativo que en algún momento de nuestra historia llegó al territorio peruano de manera voluntaria o forzada, hay, por igual, un cúmulo de palabras, frases, recuerdos de uso cotidiano cuyo origen real desconocemos. Así que cualquier interesado en alguno de estos grupos debe hacer lo mismo que hizo quien suscribe: llevar en el bolsillo un papel y un lápiz, aguzar el oído y, cada vez que escuche palabra o frase vinculada a ese grupo, lo anota. Debe haber mucha paciencia y constancia en ello; pueden pasar meses o años sin enterarse de nada novedoso, hasta que ocurre de improviso. Posteriormente, con lecturas y con otras formas de información encontrará el sentido preciso de ellas. Y sin notarlo, en cualquier instante tiene un escrito que explica o analiza un cúmulo de palabras o frases del habla cotidiana.

1. Mueren como chinos

Cuando por algún motivo ocurren muchas muertes de manera continua, nos sale

de inmediato decir "*mueren como chinos*" o "*murieron como chinos*" ("*mueren como moscas*" puede ser un antecedente a esta frase). Resulta que los asiáticos cuando eran trasladados desde China a las costas americanas fallecían en proporciones considerables. Bien sea por enfermedades o por los motines que se producían en los barcos chinos. Y hasta se llevó estadísticas de aquellas muertes, y algunos motines tuvieron como consecuencia la defunción de decenas o cientos de culíes.

De una manera similar, en las haciendas costeñas peruanas donde los culíes trabajaron sus muertes fueron bastante frecuentes. Y cuando ocurrían era norma enterrarlos en un lugar no lejano. Calculamos que por lo menos entre 25 a 30% de los trabajadores orientales de cada unidad productiva agrícola falleció mientras se encontraba trabajando en ella. Un obrero de la hacienda Roma (que antes se llamó Tulape) en el valle de Chicama, en un largo relato escrito sobre la historia de las luchas sindicales en esa región, particularmente la de 1921, indica que todo el sufrimiento por el que pasaban los trabajadores chinos culminaba "*...con su cadáver enterrado en una huaca incaica*" (Díaz Ahumada, s/f: 11).

Aún en la actualidad, en muchas ex-haciendas es posible encontrar los lugares o las huacas donde ellos fueron enterrados. Cualquier lugareño sabe indicar dónde se halla el cementerio chino. Por eso, con justeza y con un respaldo histórico real se usa, entonces, la frase de "*morir como chinos*".

2. *Eso es un cuento chino*

Con un respaldo sólido similar, usamos frecuentemente la locución "*ese es un cuento chino*". Con ello queremos decir que la persona que nos habla o una tercera que no está presente en el diálogo nos está mintiendo, nos está engañando, no nos dice la verdad, pretende burlarnos.

Sobre esta frase, Emilio Choy tiene una explicación que transcribimos: "*...por la forma inhumana en que fueron enganchados para ser retenidos en las haciendas, viene la frase criolla tan conocida de 'hacer el chino', que tiene su equivalente en el idioma chino (dialecto cantonés) 'chui chai jac', que quiere decir 'chanchito viajero'*". (Choy 1952)

Si no son totalmente similares la frase que indicamos y la de Choy ambas tienen, posiblemente, la locución común en chino (*'chui chai jac'*), pues, ¿no podría

tratarse de que el chanchito viajero era viajero porque lo engatuzaron?. Ya que es absolutamente cierto que muchos de los culíes viajaron engañados. Se les mentía los motivos por los cuales se los llevaba, primero, hasta los barracones de Macao y, luego, a un barco que iba a cualquier territorio menos a las Colinas Doradas que se les había prometido.

3. *Está más lejos que la China*

Una expresión que con frecuencia utilizamos para referirnos a la lejanía de un lugar tiene también relación con nuestras experiencias históricas sobre la inmigración china. Cuando hay que ir a un lugar distante y no deseamos hacerlo, decimos que se encuentra *"tan lejos como ir a China"*. Y hablamos de esta manera, así no sepamos la distancia real o el tiempo que demora o demoraba el viaje en barco de China al Perú o viceversa. De todas maneras, en la percepción que se plasmó en esa frase hay implícita la sensación que una travesía como la indicada consistía en un lejanísimo y larguísimo viaje. Y no hay error intuitivo al respecto. El traslado de culíes de Macao al Callao duraba entre 100 y 120 días. Y un barco chinero no podía sino hacer en un año un viaje de ida y otro de regreso, debido a los monzones de los mares asiáticos, esos vientos periódicos que en unos meses tenían una orientación y en otros una dirección contraria.

Con el fin de mostrar la enorme distancia entre China y Perú, conviene transcribir *in extenso* una cita de alguien que ha meditado este asunto:

"El transporte de los inmigrantes desde los puertos del Mar del Sur de China hasta nuestras costas, a través de todo el océano Pacífico, cubre una distancia considerable. Tomando como referencia los puertos de Macao y el Callao, la distancia directa (sobre el arco que cubre estos puntos) es de 9,300 millas náuticas (17,223 Kms.).

La navegación a la vela no es directa pues se ve afectada por factores climáticos, vientos y corrientes y la distancia que se navega es considerablemente mayor. Para apreciar esta magnitud se puede decir que esta travesía cubre, en buques de vela, una distancia aproximadamente igual a la mitad de la circunferencia terrestre sobre la línea ecuatorial.

Entre 1862 y 1874 el tiempo de navegación promedio de las naves 'chineras' fue de

108 días. Obviamente el tiempo que tomaba esta aventura estaba condicionado a las características de las naves, las condiciones de viento y mar imperantes en la ruta, a la pericia del capitán y por aquellos sucesos que en lenguaje náutico se denomina 'acto de Dios', esto es, las circunstancias imprevisibles". (Castro 1989: 9).

Así que, pues, la actual percepción intuitiva de lejanía que tenemos y que la expresamos con esa frase se debe tanto a los días de demora real del traslado de los culíes desde China, así como a una demora mayor que le podía suceder a cualquier barco de vela si es que no partía en los meses cuando los vientos eran favorables; si es que durante la travesía no había la necesaria tranquilidad de los semiesclavos a los que se les trasladaba; y si es que por igual el Pacífico no tenía la quietud y mansedumbre necesarias.

Es difícil precisar cómo y cuándo una percepción como la indicada ha ido ingresando entre nosotros a tal punto que su uso es frecuente. ¿Mediante quiénes se tuvo una experiencia personal de un viaje de China al Perú? ¿Mediante los chinos que narraron las vivencias de su viaje de venida a las costas peruanas? ¿Se trata de una frase que tiene más tiempo en el lenguaje que nuestro cúmulo histórico relativamente inmediato por haber venido con la experiencia de otra gente, de otros lugares, en otros tiempos?

4. No me hables en chino

Si lo anterior tiene un origen incierto, no lo es tanto, así como tampoco los motivos por los cuales cuando no entendemos el lenguaje, la conversación o los términos de una persona con quien estamos dialogando decimos que "*...me (o nos) habla en chino*", o si es que le replicamos a esa persona: "*no me hables en chino*". Si aún nos impresiona escuchar la conversación de dos chinos y que en absoluto entendemos algo, mucho más y con más frecuencia debe haber sido en décadas pasadas. Eso que desde siempre nos ha sido incomprendible es base histórica para que actualmente digamos que "*nos hablan en chino*" cuando no entendemos un ápice los términos con los que un interlocutor nos está informando algo.

5. Trabaja como un chino

Un asidero lejano y presente tiene la frase "*trabaja como chino*"; es muy similar en su contenido a la de "*trabaja como negro*". Todos los que hemos visto por años continuos la perseverancia y el orden con que en sus negocios trabajan los chinos para luego, transcurridos no poco tiempo, pasar a otros negocios mucho mayores, notablemente más importantes, no nos cae en el vacío decir "*trabaja como un chino*". Y se dice de esta manera tanto porque ellos parecen incansables en sus labores como porque tienen rigurosidad, orden y una constancia particular compartida sólo por los japoneses, aquel otro grupo de asiáticos que masivamente comenzó a llegar al Perú a partir del año 1899.

6. ... peor que zapatilla en desuso

Una frase originada igualmente por la presencia de los chinos dice así: "*...peor que zapatilla china en desuso*". Frase que se utiliza cuando una persona ha recibido algún desaire. Así que una persona desdeñada ha sido tratada como o peor que esa zapatilla. Es que sólo después de mucho tiempo de usarlas los chinos decidían dejar sus chinelas o zapatillas y ocurría cuando había un desgaste extremo tanto por encima como por la suela y cuando ya nadie las podía pretender ni las iba a recoger. La frase indica además algo real: la extrema pobreza por la que los chinos pasaron en China y en el Perú. Toda esta situación les ha dado ese carácter ahorrativo por el cual dan valor y uso extremos a cada cosa hasta que casi por desaparición dejan de usarla.

7. Otras dos últimas frases

Es muy probable que dos frases más que usamos provengan de dos momentos históricos diferentes. Decimos "*es una tortura china, o un martirio o un suplicio chinos*" cuando algo nos ha dolido, espiritual o físicamente, de manera profunda y continua. Se juntan en este caso la vaporosa idea que tenemos del refinamiento oriental cuando en Asia ocasionan tormentos físicos y la vivencia más próxima a nosotros respecto a los tormentos que particularmente en las islas guaneras y en las haciendas se les ocasionó a los culíes. Estos dos motivos corresponden a un pasado relativamente lejano o no tan apartados como las razones que dieron origen a la frase "*fumas peor que chino en quiebra*". Para que un chino haya sido visto cuando su negocio había

fracasado era necesario, obviamente, que lo tuviera. Y los chinos tuvieron negocios de comercio propios de manera muy extendida a partir de la finalización de sus obligaciones contractuales con las haciendas. Antes que pudieran decidirse por algo propio, los chinos debían cumplir sus años de trabajo obligatorio con sus patrones. Ello sucedió algunos años después que estuvieron en tierras peruanas, y fue bastante frecuente en la década de los años 80 del siglo XIX. De todas maneras, la frase grafica bien situaciones de nervios alterados en las que los cigarrillos van siendo consumidos con celeridad, frecuencia y continuidad, y le ocurre a alguna persona que está desesperada, angustiada, inquieta.

8. Las pocas palabras chinas en el castellano peruano

Son poquísimas las palabras de las lenguas chino-cantonés o del hakká que han ingresado definitivamente a nuestro idioma de todos los días. Más aún, algunas de ellas, que en algún momento expresivo oral las utilizamos, se han ido perdiendo; y otras más las usamos sin saber su origen chino. Ejemplos de lo dicho no son abundantes.

Un vocablo que tiene mucho contenido y precisión entre los peruanos es *chifa* el cual nos sirve para referirnos al restaurante de comida china; su origen es la voz *chifán*, que se traduce por "comer arroz".

Un término derivado de una frase china que ha perdido su contenido inicial es *confifatoi*, cuyo origen, *kon hei fat choy*, es el saludo que se dan entre los chinos por el año nuevo lunar. Los peruanos la escuchamos en las invitaciones que los chinos nos hicieron, donde además comenzamos a aprender a degustar los platos chinos.

Algo que de niños hemos dicho y que los niños aún lo dicen con frecuencia es el *yankempó* (**Badillo et al. 1992: 17**), esa manera de definir algo o de regir, en la cual los competidores usando una sola mano imitan y presentan al rival indistintamente el papel, la piedra o las tijeras, pues eso mismo quiere decir en chino yan, que, pó: papel, piedra, tijeras. Uno de los dos contrincantes tiene que ganar. La lógica del juego es como sigue: si la tijera y el papel compiten gana la primera, pues "corta" al segundo; y si los que rivalizan son la piedra y la tijera, la piedra gana, ya que puede "desaparecer" a la tijera; y, por último, entre el papel y la piedra el triunfo es del primero, en tanto puede "envolver" y de esta manera anular a la segunda.

Posiblemente no han ocurrido muchos más de estos préstamos idiomáticos - como sí han sucedido con algunos afronegrismos (Cf. Romero 1988)- por las acentuadas dificultades de pronunciación y de tonalidades que son usuales o que, según nuestros oídos, nos parece que tienen las lenguas chinas que acompañaron a los inmigrantes chinos.

No es difícil imaginar los apuros de comprensión que ha habido siempre entre chinos y peruanos por las dificultades que para nosotros tienen las lenguas orientales. Por esos mismos desentendimientos, los administradores o mayordomos de las haciendas con frecuencia cambiaron, castellanizándolos, los nombres de los chinos. Preferían llamarlos por alguna característica distinguible que fuese claramente individual o simplemente olvidaban el apellido en chino y colocaban alguna denominación en castellano. Al mismo tiempo hacendados, administradores, mayordomos o caporales no entendieron cuando entre los propios culíes se pasaban la voz y anteponían a sus apellidos la vocalización de la letra "a", manera usual entre ellos para llamarse. Por esta confusión los peruanos colocamos de manera definitiva esa "a" al apellido, creyendo que formaba parte del mismo. Por ejemplo, a un culí apellidado Chang se le decía (y se escribía) Achán.

Seguramente habrá ocurrido otros errores como consecuencia de las dificultades de comprensión de los usos idiomáticos.